

ROSA.—Mucho.

EL MARQUÉS.—¡Ah, ya usted ve!

ROSA.—El piano es un tirano exigente, sin duda, pero, con todo, le debo las mejores horas de mi vida. Las horas, los días, las semanas, los meses de trabajo que me ha costado son horas, días, semanas y meses en que no padecí. Mientras se toca se olvida, y las gamas matan la pena. Entonces, sólo las notas lloran. Parece en tales instantes que las miserias escapen y se desvanezcan por la punta de los dedos, que se desprendan las desazones y las ideas negras en arpegios, en trinos, en acuerdos, y que el alma se vacíe de ellas. Cuando se abandona el taburete después de cinco ó seis horas de ejercicios de velocidad... ¡Oh, qué ligereza, qué libertad se siente! Parece que se vuelva del confesonario.

EL MARQUÉS.—Es posible. No obstante, estoy convencido de que si padeciese molestias en el alma ó el corazón, no me las quitaría un Pleyel de cola. ¡Ni soñarlo! El caballo, sí; es evidente. Sin contar con que debe de ser cosa muy árdua dominar á ese mueble antes de llegar á la destreza de usted.

ROSA.—Hay que trabajar. Yo empecé á los seis años. Tengo diecinueve.

EL MARQUÉS.—¡Trece años de teclado!

ROSA.—Sí. Y no he pasado de un primer accésit en el Conservatorio.

EL MARQUÉS.—¡Ni un premio! ¡Y tocando como usted toca! ¿Estaba sordo su jurado? Porque aunque deteste la música, entiendo de ella lo suficiente para saber que es usted un gran talento.

ROSA.—¡Oh! Araño el teclado.

EL MARQUÉS.—Déjese de falsas modestias. Juana y mi madre lo han dicho á menudo delante de mí:—¡Qué lástima que esa chiquilla, con su talentazo, se vea obligada á dar lecciones para vivir! ¡Es una tortura!

ROSA.—Sí. Hay muchas torturas como esta.

EL MARQUÉS.—¡Oh, señorita! No estuve muy hábil en nuestro coloquio ¿verdad? Pero á pesar de todo habré aprovechado la tarde. ¿Pues no imaginé hasta hoy un montón de cosas falsas y estúpidas á propósito del piano y de usted? No tema que reincida.

ROSA.—¿Qué imaginaba usted?

EL MARQUÉS.—Nada. Se enojaría usted. Demasiado torpezas he cometido.

ROSA.—Dígamelo, se lo ruego. Crea que, al contrario, me distraerá.

EL MARQUÉS.—¿Lo quiere usted? Bueno pues sepa—pero me arrepiento de ello, ¿sabe usted? he cambiado por completo de opinión,—que me parecían las maestras de piano, aún las jóvenes y bonitas como usted...

ROSA.—¡Oh!

EL MARQUÉS.—No haga usted aspavientos, señorita; es usted muy linda y algo más que linda; y se lo digo sin el menor asomo de galantería, créalo usted, pues me inspira el respeto más profundo.

ROSA.—Basta. Dígame qué le parecíamos las maestras de piano.

EL MARQUÉS.—Pues unas presumidas, unas marisabidillas. Estaba loco; fui ridículo y cruel. Creía de ustedes en general, que eran una especie de acróbatas del piano, codiciosas de dinero y de éxito, coquetas si eran jóvenes y agradables, agriadas y dañinas cuando habían llegado á edad madura...

ROSA.—¡Qué retratos!

EL MARQUÉS.—De hartos escaso parecido, sobre todo si se la vé á usted. Porque además tiene usted cara de buena, buena como una monja.

ROSA.—¡Si valiera el deseo!

EL MARQUÉS.—Desde hoy cesarán estas burlas, señorita; se lo juro. Hay que perdonarme. No la conocía. Apenas la había visto, entre dos puertas.

ROSA, *maliciosa*.—Pero me había usted oído. Y eso bastó.

EL MARQUÉS, *protestando*.—Oído en malas condiciones... De no ser así, hubiera adivinado sobradamente, sólo con escucharla... por su estilo... la rareza y perfección de su sér. Porque algo tras-

cenderá al piano de la naturaleza de cada cual.

ROSA.—Cierto. Se pone personalidad en el piano, y á veces más de la que convendría. Mas, puesto que se encuentra usted en tan excelentes disposiciones, va usted á hacerme una promesa.

EL MARQUÉS.—Prometido.

ROSA.—¡Todavía no sabe usted lo que voy á pedir! Pues bien, debe usted amar la música. Un hidalgo se debe á sí mismo esta elevación. La música no es inferior á Florido, créalo.

EL MARQUÉS.—Señorita, amaré la música, la amo ya.

ROSA.—No hará mucho tiempo.

EL MARQUÉS.—Desde esta mañana.

ROSA.—Hay que amarla por sí misma. A menudo vendrá en su auxilio cuando le asalten enojos; se lo prometo.

EL MARQUÉS.—Pero... hay quien dice que el piano no es la música.

ROSA.—Esos tales no son músicos. Si la música está en nosotros y canta en nosotros, animará cualquier cosa, una flauta de pastor, un violín de aldea, el instrumento primitivo de una tribu negra. Es nuestra alma lo que emite el sonido. Los que tocan sin ella, y sólo con los dedos, no hacen más que ruido.

EL MARQUÉS.—Me interesa. Prosiga.

ROSA.—Ahora, adiós, señor.

EL MARQUÉS.—Todavía un instante.

¿Quiere usted darme una gran dicha antes de partir? ¿Una dicha muy grande?

ROSA.—Según. No soy como usted. Jamás prometo sin saber de qué se trata.

EL MARQUÉS.—Toque usted algo, sólo para mí.

ROSA, *vacilando*.—Pero...

EL MARQUÉS.—No me lo niegue. ¡Lo que usted quiera! ¡Oh, no le pido su melodía maravillosa, pardiez, su número uno, los fuegos artificiales, la lluvia de perlas! No; y además no entendería una jota de eso. Sería belleza desperdiciada. Prefiero que toque las notas que más le encanten, la inspiración por la que sienta secreta preferencia, casi una amistad íntima: la que toque cuando padezca. Esta quiero, esta y no otra.

ROSA, *con la mayor sencillez*.—Voy á tocar mi *Nocturno* de Chopín. (*Siéntase al piano y empieza*).

El marquesito se ha sentado en el fondo de una holgada butaca. Escucha, comprende, siente, sueña. Se siente muy dichoso, está algo conmovido. Sus ojos sólo con gran trabajo se apartan del perfil pensativo y abnegado de la niña de párpados maternales, de expresión doliente y pura. Piensa, temblando con emoción desconocida: «Con esta criatura encantadora debieras casarte ¿lo oyes? en vez de

contentarte con una Fulanita ó Menganita que sólo á medias te satisfaga. Mejor que otra ninguna sabría darte la felicidad y guardarte el honor. ¡Y cuán bella y generosa acción fuera la tuya! No habría que volver á coser pedazos de vieja seda en el triste albergue. Pero hélos aquí... (*y abraza con una mirada circular á los retratos de sus antepasados*). No estoy solo. Mamá, á la larga... acabaría por acceder. No así los otros... las pelucas. ¡Pobrecilla hada! Es lástima.



LAS CRUCES

PABLO DUFREY { 26 años, ministro de
Instrucción pública

ERNESTINA DUFREY { 39 años. Ca-
beza ya gris

En casa de Ernestina, en junio. Blanco edificio, en una aldea de la Touraine. Ernestina está leyendo un periódico. Pablo Dufrey escribe. Por la ventana abierta de par en par, se vé el Loire y el paisaje francés, verde y dorado.

PABLO, *suspendiendo su labor*.—¿De qué te ríes?

ERNESTINA.—Estoy hojeando tus periódicos de París. ¡No te inciensan poco, chiquillo! ¡«Eminente hombre de Estado» á todo pasto! Supongo que no lo tomas demasiado á pechos ¿verdad?

PABLO.—De vez en cuando. Pero tú no véés á los que me vilipendian. Cuando me injurian, lo hacen también con alma, te lo aseguro.

ERNESTINA.—¡No puedo acostumbrarme á la idea que seas ministro, tú, mi hermanito, el último de los seis niños que tuvo papá!

PABLO.—No importa; es cosa cierta.

ERNESTINA.—¿Qué hiciste para llegar á ese puesto?

PABLO.—Política.

ERNESTINA.—Ya. No será siempre apetitosa.

PABLO.—¡Bah! Es como la cocina. Conviene no ver como se guisa; pero eso no impide que la comida sea buena.

ERNESTINA.—Para los que la comen. Pero los demás...

PABLO.—¡Ah, cáspital! Los demás... ¡Qué le vamos á hacer! En fin, de todos modos, me duele que nuestro padre, tan padrazo, no esté ya entre nosotros. Si me viese en París, cuando estoy sentado ante mi *bureau* de veinte mil francos, en mi grave despacho tapizado de Gobelinos, mientras aguardan perpetuamente trescientas personas, que pueblan el vestíbulo sin chistar para pedirme algo... bueno, pues el pobre papá se sentiría algo asombrado y pensaría:— ¡Y es mi chico!...

ERNESTINA.—Tal vez no se enorgullecería de eso.

PABLO.—¡Vaya, mujer! Le hubiera hecho oficial de Academia, y viviría como en el edén.

ERNESTINA.—¿Crees que eso le hubiese sorbido el seso á un viejo soldado que tenía dos medallas, la de Crimea y la de Italia?

PABLO.—Siempre hubiera tenido otra, y de otro color.

ERNESTINA.—Pues bien; yo que le conocía, estoy segura de que jamás hubiera admitido tu condecoración académica. A propósito. ¿Has visto sus cruces encuadradas? Las puse en el fondo de mi cama.

PABLO, *distraído*.—Sí. Es bonito. Adorna. ¡Ah, esas cruces me volverán loco!...

ERNESTINA.—¿Qué quieres decir?

PABLO.—Quiero decir, que á causa de ellas, de la vecina promoción del 14 de julio, voy á verme obligado á partir más pronto de lo quería.

ERNESTINA.—¿Te irás en seguida?

PABLO.—Es preciso.

ERNESTINA.—Solo hace tres días que estás ahí. ¿Te aburre ya tu vieja hermana?

PABLO.—¡Ah, demontre! Al contrario, hija mía, esto es el paraíso. Si pudiese gobernar desde aquí, en vez de vivir allí bajo en medio de toda esa gente cochina y todo el oropel, ah, no creas que me hiciese el remolón. Pero, desgraciadamente...

ERNESTINA.—¿Cuándo quieres irte?

PABLO.—Pasado mañana. El jueves tenemos consejo en casa del amo, en Fontainebleau.

ERNESTINA.—¡Tan pronto!

PABLO.—¡Esas cruces tienen la culpa! ¡Condenadas cruces! Si supiéseis lo que por ellas se nos molesta á nosotros, á los ministros... Es absurdo.

ERNESTINA.—Tú no la tienes. Espero que no tardarás en lucirla.

PABLO.—No, muchacha; deliras. La doy á los demás, á cualquiera, al primer transeunte. Pero no puedo otorgármela á mí mismo, sería mal visto; no es costumbre. Lo siento. Si pudiese inmediatamente proclamarme comendador, cree que ya lo fuera, y muy ufano.

ERNESTINA.—Vamos, sea. Vete pasado mañana á tus pequeños quehaceres. Pero lo siento infinito. Aunque la política te haya cambiado un poco, y acaso no haya sido mejorándote...

PABLO.—¡Alto, alto, señorita! Pese usted sus palabras.

ERNESTINA.—... te amo á pesar de todo; me siento á menudo orgullosa de tí.

PABLO, *alegre*.—¿Hermana de ministro, verdad?

ERNESTINA.—Orgullosa, sobre todo, cuando haces cosas bellas y buenas.

PABLO.—Bah, en ese berenjenal no puede uno hacerlas todos los días.

ERNESTINA.—No digas eso.

PABLO.—Te lo asegura mi vieja experiencia.

ERNESTINA.—Pues no faltan heroísmos y abnegaciones que recompensar. No tenéis más molestia que la de escoger.

PABLO.—¡Vive el cielo, cómo te entusiasmas! Bien se vé que eres una excelente damisela que jamás abandonó su techo de bálago. No se dán siempre las cruces á quien las merece, amiguita. Sería demasiado perfecto. De cada diez veces, las nueve no condecoramos á las gentes más recomendables.

ERNESTINA.—¿Pues á quién?

PABLO.—A las más recomendadas.

ERNESTINA.—¿A quién vas á decorar esta vez?

PABLO.—Poco importa. No debe de interesarte.

ERNESTINA.—Sí. Quisiera saberlo.

PABLO.—Son individuos á quienes no conoces. Tampoco yo los conozco.

ERNESTINA.—Dime algunos nombres.

PABLO, *algo nervioso*.—Raul Berlindeaux, vaya. Y luego, el señor Roupaillon. ¡Lo que has ganado con enterarte!

ERNESTINA.—¿Quiénes son estos hombres? ¿Qué han hecho?

PABLO.—Un poco de todo. El señor Berlindeaux, es un escritor.

ERNESTINA.—¿Conocido?

PABLO.—Tiene público. Hace crítica y novelas. También estuvo en la Bolsa durante tres años.

ERNESTINA.—¿Persona decente?

PABLO.—No. Un canalla. Pero con mucho talento: es una naturaleza abyecta y poderosa.

ERNESTINA.—¡Oh! No lo condecoras.

PABLO.—La prensa le empuja y le apoyan los mayores prestigios de la literatura. Lo será. Es cosa hecha. Lo he prometido.

ERNESTINA.—¿Y el otro? Pou... Rou... ¿Cómo le llamaste?

PABLO.—Roupaillon. Es un pintor.

ERNESTINA.—¿Qué especialidad?

PABLO.—Bodegones. Y singularmente los quesos. No pinta más que quesos, desnudos ó bajo la quesera. A veces se entusiasma, y pone al lado de ellos un cuchillo, una manzana ó una nuez. Pero es muy raro. Y los saca admirablemente ¿entiendes? Para tener un bello *gruyère* ó un *roquefort* de Roupaillon, hay que soltar de cinco á seis mil francos.

ERNESTINA.—¿Y eso se compra?

PABLO.—Como el pan. Al gran público le gustan estas cosas para exponerlas en el comedor.

ERNESTINA.—¿Es hombre honrado?

PABLO.—¿Roupaillon? ¡Oh, debe de serlo!

ERNESTINA.—¡Ah! ¡Por fin! Ya hemos encontrado á uno decente.

PABLO.—Cierto que cuentan de él no sé que historia de mujer abandonada con tres hijos.

ERNESTINA.—¿Y vas á condecorarle?

PABLO.—Es cosa hecha. Y además, lo merece. El arte lo exige. Y esta vez salen favorecidos además otros tipos raros. Fulano, el arquitecto, un antiguo quebrado...

ERNESTINA.—Creí que no se podía...

PABLO.—¡Pero consiguió que se le rehabilitara!... Jantin, un historiador muy querido del gobierno.

ERNESTINA.—¿Qué huevo ha empollado éste?

PABLO.—Pues una *Historia del Terror*, en cinco volúmenes, en que destruye poquito á poco la leyenda de la guillotina y los asesinatos que los reaccionarios habían inventado. Ha demostrado, más claro que el agua de roca, que el Terror fué un régimen de energía y de seguridad, algo austero pero no sin grandeza y mansedumbre.

ERNESTINA, *triste*.—¡Pobrecillo! ¿Hablas seriamente?

PABLO.—Como en la tribuna. ¡Ah, y además se condecorará á una mujer, ea! ¿Te extraña?

ERNESTINA.—No. ¿A una religiosa, sin duda?

PABLO.—No, hermanuca, nada de eso. Una laica, una mujer eminente: la señora Gommier, la directora del liceo Labordère. Este colegio es algo así como un pritaneo femenino para las huérfanas de soldados muertos en campaña. El gobierno se honra poniendo el emblema del honor en el pecho. . . (*Interrumpiéndose*). ¡Señor! ¡pues no iba á hacer un discurso!

ERNESTINA.—Todo eso no me parece muy serio.

PABLO.—¿Hay más que pedir?

ERNESTINA.—Voy á decírtelo. ¿Y si también yo te pidiese cruces?

PABLO.—¡Jamás! ¡Tú, acosándome también! ¡Hasta en el hogar, en el campo, me he de ver hostigado! Parto esta noche.

ERNESTINA.—Oyeme.

PABLO.—Me voy antes de comer.

ERNESTINA.—Dos minutos.

PABLO.—Me voy dentro de media hora.

ERNESTINA.—Pues vete, pero no escaparás á mi demanda. ¿Conoces al tío Levasseur?

PABLO.—Ni pizca. Y no quiero conocerle.

ERNESTINA.—Sí, hombre, acuérdate... el tío Levasseur, que vive en Chateau-Blanche, al otro lado del viaducto... el antiguo jefe de estación.

PABLO.—Sí; he oído hablar vagamente de él en mi niñez...

ERNESTINA.—¡Ah, te acuerdas!

PABLO.—¡No vas á proponerme—digo, me lo parece,—que condecore al tío Levasseur!

ERNESTINA.—Vaya. Lo has adivinado.

PABLO.—Por Dios, hermanita, no perdamos el tiempo. Debo despachar el correo de dos días. Basta de alborozo.

ERNESTINA.—¿Sabes lo que hizo el tío Levasseur durante la guerra?

PABLO.—¡Claro! Adiviné que se trataría de algo ocurrido durante la guerra. Todo el mundo hizo algo en 1870. Reuniendo los tales sus esfuerzos hubieran debido salvar á este desdichado país que nosotros hemos debido reanimar y devolver al primer rango en Europa... ese país decapitado por el Imperio... ¡Ah, nunca olvidaré...!

ERNESTINA.—Cállate. Tenías un año en 1870.

PABLO.—Déjame en paz. Me aburres.

ERNESTINA.—El tío Levasseur hizo saltar el viaducto y un tren de prusianos que lo atravesaba. El, saltó también, y á pique estuvo de no recobrase del salto.

PABLO.—¡Torpel

ERNESTINA.—Se le ha propuesto diez veces para la cruz.

PABLO.—¿Y no la tuvo jamás?

ERNESTINA.—¡Es una vergüenza!

PABLO.—¿Qué le voy á hacer? Y luego, que desde entonces, han transcurrido veintiseis años: hay prescripción. Y además, que el caso no es de mi incumbencia. Aunque quisiera, no podría complacerte... Yo no me ocupo de los héroes... No es mi ramo. Yo soy Instrucción pública... ¿No está claro el nombre? Solo recompenso el talento y el arte sublime. La clase militar, las heridas, los accidentes de la gloria, eso á la ventanilla del lado, hermanita... Con que lo siento, pero es inútil que te hayas molestado.

ERNESTINA.—No es verdad. Me has contado con harta detención que, en la intimidad los ministros, desayunándose en el café...

PABLO.—¡Señor! ¡Nosotros en el café!

ERNESTINA.—Negociáis pequeños trueques, os cedéis cruces.

PABLO.—¿Yo dije eso?

ERNESTINA.—Con muchos detalles, el miércoles, delante de la alcaldía.

PABLO, *irritado*.—Pues me equivoqué.

ERNESTINA.—¿A qué ministro corresponde condecorar al tío Lavasseur?... *(Pequeña pausa)*. ¿Y á la madre Sulpicia?

PABLO, *estallando*.—¡Ah, ah! ¡De modo que también... la madre Sulpicia!

¡Estás loca de atar, tesoro mío!... ¡Te empeñas en provocar situaciones de sainete!... ¿Y qué hizo la madre Sulpicia? ¿Mandó á paseo á otro viaductillo durante la guerra?

ERNESTINA.—No te rías. El año pasado protegí con su cuerpo, bajo su manto, bajo sus faldas, á dos pequeñas del taller, contra un perrazo rabioso. Para que las pequeñas quedasen indemnes, tendió expreso los brazos al perro, que la mordió en diecisiete lugares. Cuando la retiraron inanimada, sangraba como un puerco, y las niñas no habían padecido ni un rasguño.

PABLO.—Bueno, y Pasteur ¿está papando moscas?

ERNESTINA.—Se la llevaron enseguida y curó.

PABLO.—Con que estamos en el mejor de los mundos...

ERNESTINA.—¡Pero al cabo de meses, y á expensas de crueles sufrimientos! Estuvo, por decirlo así, casi rabiosa, y hoy tiene los brazos destrozados; se sirve de ellos poquísimo y con la mayor dificultad. ¿No te parece soberbio?

PABLO.—Si; pero llévalo á la ventanilla del lado. Sigo en mis trece.

ERNESTINA, *indignándose*.—¡A la ventanilla del lado! ¡Me indignas! Soy tu hermana mayor. Te serví de madre; casi te eduqué. No me intimidas, aunque seas

ministro. No, no lo sueñes. Jamás te he pedido un favor. Necesito esas dos cruces. Puedes hacerlo perfectamente en obsequio mío. Y que no se altere la calma de tu conciencia: tardarás mucho en condecorar á quien lo merezca más.

PABLO, *aburrido*.—Pero si estoy echando los bofes, repitiendo sin tregua... que todo eso no es de mi ramo. Eso es cosa del Interior y de la Guerra.

ERNESTINA.—Arréglate con esos señores, tus camaradas... Suéltales dos de tus talentos... el de los quesos, ese que gana tanto dinero... Me parece que ese puede aguardar.

PABLO.—¡Roupaillon! ¡Pero si hace un año que aguarda!

ERNESTINA.—¿Y el tío Levasseur! ¡Ese ha aguardado veintiseis!

PABLO, *furioso*.—¡Sí! ¡Ya!... ¡Voto á...!

ERNESTINA.—Por favor. ¡Te querré tanto!

PABLO.—¡Hubiese podido hacerse condecorar antes semejante animal!

ERNESTINA, *que insiste*.—Házlo por la memoria de papá... ¡Si él te lo pedía!

PABLO, *malhumorado*.—Bueno, sí, no se hable más de eso. Me has cogido en la red. ¡Bonita ocurrencia tuve de venir al campo!

ERNESTINA.—No te lo reproches. ¿Me prometes galardonar al tío Levasseur y á la Madre Sulpicia?

PABLO.—Te prometo.... que lo intentaré.

ERNESTINA, *satisfecha*.—¡Ah!

PABLO. Lo intentaré. Y solo para Levasseur. Porque en cuanto la Madre Sulpicia, no se te ocultará que es casi imposible. ¡Una religiosa, y en estos instantes!... Todo el mundo me alborotaría. Si al menos tu mujer del perro rabioso fuese una maestra laica, sacaríamos raja... Pero una Madre Sulpicia!... Nos llamarían clericales á grito pelado.

ERNESTINA, *colérica*.—¡Bueno, que chillen! ¿Para que eres ministro? Careces ya de energía y de conciencia desde que escribes en una mesa de veinte mil francos? No importa; yo he sido educada por las monjas ¿entiendes? y á tí, mala cabeza, te han educado los hermanos, y luego estuviste en el seminario hasta los catorce años. ¡Parece que lo olvidas!

PABLO, *intimidado*.—No. Pero, chitón... basta, por piedad. No hables tan alto... Sí; ea... lo haré; haré lo que me pides. Pero no grites. ¿Estás contenta?

ERNESTINA.—Sí. Te perdono todo lo demás. Y te quiero con alma y vida.

PABLO, *suavizado y picarón*.—También yo te quiero. (*En voz muy queda*). En el fondo, pienso como tú ¡imbécil!

ERNESTINA.—¿De veras? ¡Que alegría me das!

PABLO.—¡Pero la política, chiquilla!... ¡Mí carteral! ¡Me veo obligado á hacer el canfbal y el ateo! Ponte en mi lugar.

ERNESTINA.—¡Oh, no! ¡Continúa en él! Entendido, pues... ¡Tendré mis dos cruces!

PABLO.—Sí. Les soltaré á Berlineaux y Roupaillon... ¡Pero, la zurríbanda que me va á dar la prensa!

ERNESTINA.—En cambio los periódicos conservadores estarán á tu lado. Solo por una vez y de paso.

PABLO.—¡Sería el colmo! En fin, basta de eso, y abrázame, vieja Titina; este es mi regalo de ministro.

ERNESTINA.—Gracias, Excelencia.



CIELO ESTRELLADO

SUSANA, 20 años

ELENA, 20 años

En tierra bretona. Es un anochecer de agosto resplandeciente; las dos muchachas, del brazo, envueltas en pequeños y ténues chales se pasean lentamente á lo largo de la terraza del castillo, fijos los ojos en la inmensidad que las atrae. Óyese el grito plañidero de un pájaro nocturno.

SUSANA.—¡Que hermosura!

ELENA.—Sublime. No hay espectáculo de igual magnificencia.

SUSANA.—Una se siente aniquilada. Parece que, por un instante, traiga una todos esos mundos en la cabeza; de tal modo la invaden las ideas confusas y profundas.

ELENA.—Sí; una es dichosa y sufre.

SUSANA.—Se sufre porque se ignora.

ELENA.—No sabremos nunca.

SUSANA.—Comprendo que haya gente como mi tío, apasionados por la astronomía, hasta los linderos de la locura.

ELENA.—Exagera un poco tu tío. Recuerda que el otro día dijo en la mesa:—La astronomía equivale á una religión. Los astros; he aquí mi Dios.

SUSANA.—Sí. Y cuán prontamente respondió mamá:—¡Qué barbaridad! ¿Cómo te atreves á decir eso delante de los niños?—¡Pobre tío Eduardo! ¡Cuándo empieza á hablar de sus planetas, tiene tela para rato!

ELENA.—¡Ah, la verdad es que no hay cosa más estupenda!... Mira: ¡toda esa inmensidad!... ¡Intenta contar... penetrar el misterio!...

SUSANA.—Pues á mí esto me parece un juego temible y muy inútil, porque una dá siempre con vallas infranqueables, y jamás se descubrirá un átomo de verdad.

ELENA.—De todos modos, tu tío nos decía que se conoce ya la composición química de ciertos mundos, su diámetro, su peso...

SUSANA.—¿Y eso qué representa? ¿Se sabe si están habitados? ¿Y por qué clase de seres?

ELENA.—¡Ah, bonita salida!

SUSANA.—¿Podemos comunicarnos con una estrella?

ELENA.—Lo sabremos. Podremos hacerlo.

SUSANA.—Pero dentro de siglos, suponiendo que se logre. Entonces, amor mío, no seremos ya ni polvo. Y si es así ¿por qué debe preocuparnos?

ELENA.—A pesar de todo, me interesa. Cuando miro la luna... ese viejo cazo de plata, siempre igual desde que le conozco, y pienso que es una inmensidad muerta, apagada... y que hubo en esa helada esfera pueblos, animales, bosques, montañas y mares, pasiones, costumbres, ciencia, artes, literatura...

SUSANA.—¡Modas y vestidos!

ELENA.—Claro, mujer... Y que cada uno de esos puntos luminosos derramados allá arriba por millares, es tal vez otra tierra semejante á la nuestra, ó distinta, otro valle de lágrimas, otro «aquí bajo» donde otros seres, hermanos desconocidos, miran otro cielo con las mismas ideas ardientes y no satisfechas... entonces ¿sabes?... me siento absorta, sin fuerza, y sin gusto para nada. En tales momentos no me preocupo de casarme, y entraría derechamente en el convento.

SUSANA.—Me pasa lo que á ti. Por eso no me gusta extraviarme en tales reflexiones. Paso á paso, una deja en ellos algo de su razón, de sus ilusiones, de su valor y de su fe.

ELENA.—A mí, al contrario, eso me hace creer más, me enardece en la piedad. Me veo tan exigua, tan poco importante, menor que un gusanillo. Entonces me refugio en Dios, me acurruco en la Virgen.

SUSANA.—Yo no; eso me llevaría á empujar la cabeza, á sublevarme. Porque lo que me exaspera, entiendes, no es que se nos mantengan cerrados estos dominios. No. Lo que me exaspera es que Dios nos haya dado la cantidad necesaria de curiosidad, de inteligencia y de ansiosa penetración para que eternamente y á toda costa queramos buscarlo que harto sabemos que jamás llegaremos á descubrir. Esto no me parece agradable. ¿Para qué?

ELENA.—Nada eso. Es para darnos á entender que más tarde lo sabremos todo si nos hacemos acreedores á ello. Esta será la recompensa; y esas estrellas resplandecientes están ahí para prometernosla incesantemente con sus cambiantes, como fuegos que nos reaniman y faros de esperanza.

SUSANA.—No pido otra cosa. ¿Crees que después de la muerte iremos á esas estrellas?

ELENA.—¡Creo que iremos donde nos plazca, que podremos circular por todas partes, por todas partes!

SUSANA.—Yo, cuando era chiquita y

pensaba en la muerte—todavía pienso en ella á menudo—creía que las almas de las muchachas iban todas á la misma estrella, una estrella más blanca y diamantina que las demás.

ELENA.—Las almas van á todas partes. Las almas lo saben todo.

SUSANA.—¿Las puras, las que merecieron el paraíso?

ELENA.—Todas las almas, las buenas y las malas, lo saben todo en cuanto dejan el cuerpo. Esta mi convicción. Saberlo todo y aprovecharse del secreto: tal es la recompensa; saberlo todo sin poder jamás aprovecharse del secreto: tal el castigo más espantoso.

SUSANA.—Pues acaso tengas razón. ¡Ah, Dios mío! ¡Jamás en la tierra nos guiará hacia la senda de verdad un pequeño signo, un indicio!...

ELENA.—Jamás.

SUSANA.—¡Y bastaría, desde que los hombres mueren, que un hombre de los millones de millones desaparecidos, el más oscuro y humilde, un viejo mendigo bretón, volviese de la tumba para que todo se supiese á la vez, todo el pasado, el presente, el porvenir, los mundos, el infinito, nosotros, Dios, todo! ¡Poseeríamos el secreto!

ELENA.—Sí. Pero ese mendigo no volverá. Y el secreto sigue guardado con doble llave.

SUSANA.—Con todo... Mira, si muriese antes que tú, yo...

ELENA.—¡Quieres callarte!

SUSANA.—Déjame concluir... Estoy segura de que hallaría un medio para avisaros á vosotros... no sé como... pero á lo mejor surgiría una señal reveladora que os conmovería, que os haría decir súbitamente, estando á la mesa ó en la mitad de una conversación:—¿Oísteis? ¿Visteis? Es ella, Susana que acaba de pasar... que nos ha hecho ¡psit!

ELENA.—¡Que miedo tendría yo, corazoncito, si eso ocurría! Hablemos de otra cosa.

SUSANA.—No hay que temer nunca á los muertos. Para dañarnos, ahí están los vivos.

ELENA.—¡Pues no cambiamos pocas palabras vanas! ¡Si nos oyesen!

SUSANA.—Me seduce hablar de esos temores que le ponen á una grave y llena de humildad melancólica. No me cansaría de ello durante horas enteras. Atiende un poco todavía. ¿Crees en la metempsicosis?... ¿Piensas que podemos después de nuestra existencia habitar en el cuerpo de las bestias?

ELENA.—No lo creo.

SUSANA.—Yo tampoco. Y á veces me duele que no sea verdad. Si me dejasen combinar esa segunda vida á mi modo, me gustaría bastante ser golondrina,

una golondrina preservada anticipadamente de la tempestad y las aves de presa. Tener durante el invierno un nido histórico en el capitel de una columna corintia, atravesar los mares en primavera para venir á Francia á morar bajo el sobradillo de un campanario de aldea, y emplear en el vuelo mi existencia de bestezuela feliz, á través del espacio y de la luz. en la embriaguez del ancho azul y el viento... ¡Ah, que felicidad!

ELENA.—Yo, animalito por animalito, preferiría ser Loquilla, mi perrita. Por supuesto, teniéndome á mi por dueña. Porque, de otro modo...

SUSANA.—¿Y las estrellas errantes? ¿Te gustan?

ELENA.—¡Oh, sí! Me dan ganas de llorar. Me parecen un último suspiro.

SUSANA.—¿Expresas algún deseo en tu interior cuando cae alguna?

ELENA.—No tengo nunca tiempo. ¡Desaparecen tan pronto! Como una candela romana, que se desliza y muere. Quiero manifestar un gran número de deseos: que mamá llegue á la edad de Matusalén... que á papá vulevan á nombrarle del Consejo General... que mi hermano Andrés acabe por entrar en San Mairtent... Y luego para mí... muchas particularidades. Bueno, pues antes que